tuye un enigma en la vida y en el desarrollo de los seres vivos; pero lo que la ciencia no podrá CONSEGUIR JAMAS es desvirtuar ni modificar los efectos producidos HASTA AHORA en los seres vivos por la evolución biológica, ya que se trata de unos efectos IRREVERSIBLES producidos por leyes biológicas universales y no por EXPERIENCIAS DE LABORATORIO.

Consecuentemente, cualquier experiencia o manipulación —actual o futura— sobre los mecanismos o funciones genéticas, embriológicas o metabólicas llevadas a cabo por los científicos, y que puedan dar origen a efectos distintos —mejores o peores— de los que ha producido la "evolución biológica", podrá ser muy interesante para la ciencia humana, pero carecerá de toda base natural y por lo tanto de toda transcendencia evolutiva.

No se debe perder de vista que el proceso evolutivo —cualquiera que sea su trascendencia real— es un fenómeno natural —PASADO en el tiempo e IRREVERSIBLE en sus efectos— sobre el que la ciencia no puede actuar ni influir.

Y está claro que los efectos que HASTA ahora ha producido en los seres vivos la "evolución biológica" y que han sido observados por el hombre desde que es historia, indican que la ESPECIE, como categoría biológica fundamental, es inconmovible e inalterable en su constitución cromosómica, anatómica, estructural y orgánica.

La conservación de las características fundamentales de la ESPECIE no es sólo un hecho evidente y constantemente observado, comprobable y comprobado, sino que, además responde a las leyes naturales

comunes a todos los seres vivos; y las leyes naturales no se alteran ni dejan de actuar porque los hombres nos empeñemos en ignorarlas.

Por otra parte, resulta bastante claro que tales leyes se caracterizan por tal precisión, exactitud y regularidad en los fenómenos que producen que —a nuestro juicio— permiten muy poco margen para novedades importantes en la constitución substancial de los seres.

A pesar de ello, los evolucionistas aseguran que la evolución —con los efectos radicales que le atribuyen— es un hecho real que resulta bizantino discutir hoy. Se trata, según ellos, de una propiedad de la materia y de la vida que, NECESARIAMENTE, tiene que producir tal efecto.

Nosotros, por nuestra parte, no discutimos el hecho de la evolución que —en sus justos términos— es un proceso claramente perceptible. Lo que discutimos es la radicalización de sus efectos hasta el punto de considerarlos capaces de producir la transformación de unas especies en otras.

Quizá alguno de nuestros lectores piense cómo es posible que una teoría que está hoy tan enormemente difundida y generalmente admitida como una realidad biológica por personas destacadas por su ciencia y su cultura, pueda ser totalmente errónea en el aspecto que hemos indicado.

Esta reflexión también nos la hemos hecho nosotros y ciertamente que alguna vez nos hemos puesto en guardia sobre la posibilidad de que los equivocados pudieramos ser nosotros. Pero, sinceramente, hemos estudiado con todo detenimiento las teorías evolucionistas de las distintas escuelas y tendencias en que se

hallan divididos sus teorizantes, y las soluciones que aportan a los problemas que suscitan las hipótesis en que ellos mismos basan su teoría y jamás hemos encontrado algo que justifique las transformaciones que se atribuyen a la evolución, como no sean los fósiles, algunas afinidades morfológicas de éstos con las especies actuales, la selección natural, la mutación, la herencia y... MUCHOS MILLONES DE AÑOS. Y todo esto, objetivamente interpretado, ya hemos visto en los capítulos precedentes que no justifican ni demuestran la realidad ni la importancia de tales transformaciones.

CAPITULO XIII

TEILHARD DE CHARDIN Y EL EVOLUCIONISMO

No quedarían completas nuestras reflexiones sobre las hipótesis evolucionistas si no dedicáramos un comentario siquiera a la figura y a la obra de uno de sus más conspicuos teorizantes.

Nos referimos, naturalmente, al sabio jesuita francés PIERRE TEILHARD DE CHARDIN.

El Padre Teilhard, por su doble condición de religioso y científico y por su peculiarísima visión de la Creación y de la evolución, ha sido, para bien o para mal —nosotros creemos que para mal— uno de los teóricos que más ha impresionado en los ambientes cristianos, singularmente en los católicos.

Las teorías evolucionistas han sido siempre recibidas en los medios católicos con auténtica prevención y desconfianza, por entender —y no sin motivo, a nuestro juicio— que sus hipótesis pugnaban en mu-

chos aspectos importantes con el dogma católico.

Sin embargo, actualmente, muchos católidos que antes de Teilhard sentían aquella aprensión, hoy, después de Teilhard, admiten las teorías evolucionistas, no solamente sin reservas sino hasta con simpatía y algunos incluso con entusiasmo, por considerar que la nueva visión cosmológica del Padre Teilhard se ajusta más a la imagen que de la Naturaleza nos presenta la evolución y los constantes y progresivos descubrimientos científicos, que la concepción cosmológica que se desprende de la narración genesiaca de la Biblia, SIN AFECTAR PARA NADA —según ellos— a las verdades fundamentales del cristianismo.

Nosotros —a fuer de católicos sinceros— no compartimos este optimismo por entender que al lado de algunas novedades interesantes y agudas observaciones del Padre Teilhard —que en cierta medida pueden ajustarse a la realidad natural— coexisten graves afirmaciones contradictorias —o por lo menos no suficientemente aclaradas— con la narración genesiaca que —sin resolver prácticamente nada— inducen a una grave desorientación y confusión a muchas personas y, sobre todo, a muchos católicos.

A pesar de todo, no es nuestro propósito enjuiciar ni criticar la visión cosmológica del Padre Teilhard. Preferimos hacer algunas consideraciones de caracter general sobre ella y poner de manifiesto los errores que se le atribuyen por personas autorizadísimas por su categoría moral y cultural.

Ciertamente que el Padre Teilhard atribuye a Dios la creación de la materia y el "impulso genesiaco" que, según él, lanzó a ésta a un proceso evolutivo generador, primero de la vida y luego de los seres orgá-

nicos, cada vez más complejos y dotados de un mayor grado de CONCIENCIA hasta culminar en los mamíferos superiores, luego en los homínidos y por último en el HOMBRE, máximo exponente de la ley de COMPLEJIDAD-CONCIENCIA del padre Teilhard.

Evidentemente, este proceso deja a salvo la intervención de Dios —más o menos directa y activa— en la evolución del Cosmos y, por lo tanto, en la Creación que él vislumbra a su manera. Esto hace que muchos católicos —salvado este principio— se tranquilicen respecto a la ortodoxia de las teorías del Padre Teilhard con la VERDAD REVELADA. Pero ello solamente es cierto en parte.

Efectivamente: El proceso evolutivo del Padre Teilhard —muy discutible aun desde el plano puramente natural, como hemos demostrado en nuestros anteriores capítulos, y solo admisible, en el mejor de los casos, como realización de un designio divino— no culmina en un hombre o en una pareja humana —con todos sus atributos de complejidad-conciencia— que empalme con la Primera Pareja Humana del Génesis, sobre la que —según la Revelación— recayó todo el misterio del Pecado Original, con su secuela de Encarnación, Redención, etc., sino —como no podía menos de suceder— en una raza o estirpe homínida que, habiendo superado —según Teilhard— el grado de la simple animalidad, por su máxima concentración de complejidad-conciencia, hubiera accedido, por un proceso evolutivo puramente material y orgánico, a la categoría de seres pensantes y reflexivos.

Y aquí es donde —a nuestro juicio— surge uno de los más graves problemas que plantea la visión cosmológica del Padre Teilhard.

¿Cómo puede compaginarse el dogma del Pecado Original —que la Revelación y la creencia universal de todos los tiempos han atribuido a una PRIMERA PAREJA HUMANA, creada por Dios, plenamente consciente, y por lo tanto plenamente responsable— con la visión cosmológica del Padre Teilhard, según la cual el Pecado Original no existe o tiene que atribuirse NECESARIAMENTE a una serie indefinida de hombres, surgidos por evolución de otra SERIE INDEFINIDA DE HOMINIDOS de origen simiesco?

Nosotros no entendemos mucho de Teología Dogmática, por lo que renunciamos a enjuiciar el problema desde este punto de vista; pero consideramos fuera de toda posibilidad lógica atribuir a TODA LA ESPECIE HUMANA entonces existente el Pecado Original, en lugar de atribuirlo a la Primera Pareja Humana del Genésis.

Si tenemos en cuenta la natural lentitud conque —según los evolucionistas— se producen los fenómenos evolutivos, deduciremos que la ESPECIE HUMANA entonces existente —hasta alcanzar las indispensables facultades intelectuales y volitivas para ser plenamente conscientes y responsables— tendría que ser extraordinariamente numerosa, lo que implica una grave dificultad para comprender cómo hubieren de concurrir todos sus individuos, libre y voluntariamente a la comisión del Pecado.

¿Consistirá la solución en negar el Pecado Original o en soslayar el problema por su extraordinaria dificultad para encuadrarlo dentro del proceso evolutivo, o por considerarlo un problema puramente espiritual? Y, ¿no es la visión del Padre Teilhard una visión cosmológica total que abarca tanto el aspecto material

como espiritual?

Y si el Pecado Original no existe ¿qué finalidad justificaría la Encarnación, la Redención y la Pasión de Cristo?

¿O vamos a poner en tela de juicio todas las verdades del Cristianismo –que los creyentes admiten como tales desde hace milenios– por una visión cosmológica **sui géneris** que a la hora de la verdad no justifica ni demuestra nada en el orden natural ni en el espiritual?

Fácilmente se desprende de cuanto llevamos dicho que la visión cosmológica del Padre Teilhard –a pesar de su pretendida ortodoxia religiosa– no está muy de acuerdo con los postulados dogmáticos del Cristianismo.

Nosotros no dudamos de la buena fe ni de la acendrada religiosidad del Padre Teilhard. Pero creemos que, con la mejor buena fe, sus teorías han complicado muchas cosas y no han resuelto ninguna. Su evidente intención apologética –fácilmente perceptible en sus hipótesis y razonamientos– cerca de los indiferentes y ateos, ha resultado virtualmente nula –como tenía lógicamente que suceder– y, en muchos aspectos, francamente contraproducente.

A los materialistas y ateos, las elucubraciones místicas del Padre Teilhard les suenan –como vulgarmente se dice– a "música celestial". En cambio aprovechan en beneficio de sus propias hipótesis evolucionistas el contenido marcadamente materialista-naturalista de la teoría teilherdiana, porque consideran que si el Padre Teilhard –con su doble carácter de "místico" y científico– admite y sostiene que la materia, por sus propias posibilidades y abandonada a su suer-

te, ha sido capaz de producir la vida y los seres orgánicos, desde los más elementales a los más complejos, incluso el hombre —aunque según Teilhard lo haya sido mediante el "impulso genesiaco" a que antes nos referimos y la supuesta "espiritualización de la materia"— lo mismo ha podido producirlos SIN INTERVENCION DE SER SOBRENATURAL ALGUNO, ya que la creencia en poderes sobrenaturales es puramente subjetiva y religiosa, y objetivamente, nada hay —según ellos— que lo demuestre.

Nosotros creemos que el Padre Teilhard obró precipitadamente al deducir conclusiones científico-religiosas definitivas de simples hipótesis naturalistas y evolucionistas, que como hemos explicado precedentemente, a la hora de la verdad no justifican ni demuestran nada.

A nuestro modo de ver, la Religión y la Ciencia —aunque por caminos distintos y métodos peculiares— han de aproximar al hombre —en la medida de lo posible— al conocimiento y comprensión de los misterios en que están ocultos los orígenes del mundo y de la Vida y de la misma Humanidad. Y es no solamente legítima sino loable toda actividad e investigación que tienda a satisfacer una aspiración humana tan antigua como el hombre mismo.

En tales orígenes, solo puede haber una VERDAD y, consecuentemente, la VERDAD REVELADA Y LA VERDAD CIENTIFICA no pueden contradecirse. La primera tiene a Dios por inspirador y en sus principios fundamentales no puede haber error. La segunda es fruto de la observación y de la experiencia humana y, mientras no se opone a una verdad revelada, puede ser admitida, aun sin una demostración eviden-

te, siempre que no sea contraria a la realidad natural y a la naturaleza intrínseca de los seres. Pero cuando una afirmación científica o una visión intuitiva —por muy geniales que nos parezcan— se oponen a una verdad revelada y además son contrarias a la experiencia y observación de los fenómenos naturales o a la naturaleza intrínseca de los seres, solamente una demostración evidente e inequívoca, que no admita posibilidad de error, puede ser tomada en consideración.

Lo contrario significaría abandonar al libre criterio e interpretación de los científicos e investigadores la realidad y la subsistencia de unos principios y enseñanzas fundamentales que se desprenden de la Revelación, de la Tradición y de la Historia, que han sido admitidos como VERDADES FUNDAMENTALES durante milenios, por el consenso unánime de los pueblos más desarrollados, civilizados y cultos de la Tierra, y que han servido de sustrato fundamental a su civilización y cultura, sin más garantías por parte de aquellos criterios e interpretaciones que simples suposiciones e hipótesis que la mayor parte de las veces suelen ser desmentidas por investigaciones posteriores más profundas o realizadas con mejores medios.

De la misma forma que el más elemental sentido común aconseja no rechazar ninguna conclusión científica, debidamente demostrada, por el hecho de que no concuerde con nuestras creencias o criterios personales, tampoco pueden ponerse en tela de juicio VERDADES FUNDAMENTALES que han sido admitidas como tales con carácter permanente, por el temor de que puedan ser desvirtuadas por investigaciones científicas futuras. Su permanencia a través de los siglos y el asentimiento casi unánime de todos los pueblos, les

dota de una garantía de VERDAD que no pueden tener las simples suposiciones e hipótesis evolucionistas, por muy revestidas que vengan del socorrido calificativo de "científicas".

Por ello no comprendemos ni compartimos la visión cosmológica del Padre Teilhard y consideramos perfectamente justificadas las severas críticas, más o menos directas, de que ha sido objeto.

El Papa Pío XII, en su encíclica "Humani Géneris", después de afirmar que los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad acerca del POLIGENISMO que acerca de la EVOLUCION, ya que –dice el Papa– "no se ve claro como tal sentencia pueda compaginarse con lo que las fuentes de la Verdad Revelada y los documentos del magisterio de la Iglesia enseñan acerca del Pecado Original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un solo Adán y que, difundiéndose a todos los hombres por generación, es propio de cada uno de ellos", añade: "No pocos ruegan insistentemente que la Religión Católica atienda lo más posible a las ciencias positivas, lo cual es ciertamente digno de alabanza cuando se trata de HECHOS REALMENTE DEMOSTRADOS; empero, se ha de admitir CON CAUTELA cuando más bien se trate de HIPOTESIS –aunque de algún modo apoyadas en la ciencia humana– que rozan con la doctrina contenida en la Sagrada Escritura o en la Tradición. Si tales conjeturas opinables se oponen directa o indirectamente a la doctrina revelada por Dios, tal postulado no puede admitirse en modo alguno".

De igual forma, el Cardenal Siri, Arzobispo de Génova, al presentar el libro del Padre Scaltriti, de la Orden de Predicadores, titulado "TEILHARD DE

CHARDIN, ¿mito o herejía?" entre otras cosas dice: "El Cosmos, con todas sus fuerzas y leyes, salvo la cantidad, no es intrínsecamente distinto del pequeño trozo de tierra que pisamos. Y aún cuando el Cosmos, en la "vida material" que alberga, tuviese capacidades o posibilidades reales —por nadie hasta ahora demostradas científicamente y sólo aceptadas como una hipótesis que se mantiene por inercia— no por esto rebasaría los límites de la materia, cuyos recursos son inmensos, por otra parte, para atestiguar la riqueza del Creador. O sea, nada cambiaría en el mundo del espíritu, en el mundo sobrenatural y eterno; por lo tanto, la Doctrina Sagrada que trata de él, tampoco mudaría. Sin embargo, ante esta explosión de gloria de la materia, hay quien se ha acomplejado de tal forma que ha cosmosizado la Teología, hasta dar a la Encarnación un significado "cósmico", así como también un contenido cósmico a la escatología".

La índole de este trabajo no aconseja exponer —siquiera fuera sucintamente— la documentada crítica que, a la luz de la teología tomista, lleva a cabo el Padre Scaltriti en su mencionado libro ni la de otros muchos destacados críticos y comentaristas que rechazan la visión cosmológica del Padre Teilhard. No obstante creemos que basta con lo expuesto para considerar con muchas reservas las teorías evolucionistas del sabio jesuita.

CAPITULO XIV

LA EVOLUCION Y EL FENOMENO HUMANO

Las conclusiones obtenidas por nosotros en los anteriores capítulos sobre la "generación espontánea" y la "evolución natural", requieren, como complemento, una consideración especial sobre el "fenómeno humano".

Es evidente que dentro del complejo campo de la investigación biológica, para intentar desentrañar el misterio en que se encuentra el origen de la vida y de los seres vivos, incluso el hombre, destaca por su transcendencia fundamental aquellas teorías o hipótesis que se refieren al fenómeno humano, sobre todo cuando con ellas se pretende justificar la supuesta descendencia simiesca del hombre, por obra exclusiva de la evolución natural.

A nuestro modo de ver, el fenómeno humano rebasa todos los límites de la pura animalidad para remon-

tarse a cimas biológicas, intelectuales y espirituales que le son exclusivas y que no pueden ser explicadas satisfactoriamente por la acción de un proceso evolutivo espontáneo, y fortuito, y sin más causa, intencionalidad, previsión y finalidad que la "casualidad y el azar".

Cierto que la zoología, en su clasificación de los animales, incluye al hombre —como perteneciente al reino animal— dentro de uno de los géneros HOMO, del orden de los PRIMATES, suborden de ANTROPOIDES, familia HOMINIDOS. En este género se comprenden a su vez diversas ESPECIES, entre ellas el HOMO SAPIENS. Y dentro de la familia HOMINIDOS se incluyen también otros géneros como AUSTROLOPITHECUS, PITECAMTHROPUS, etc.

Evidentemente, esta clasificación —aunque puramente zoológica— se presta a confundir lo que en principio fue un simple inventario de ESPECIES, agrupadas por géneros, órdenes, familias, etc. —según sus afinidades o diferencias morfológicas— con una relación de parentesco y descendencia genealógica entre las diversas categorías, desarrollada a través de un proceso evolutivo que en el caso de los PRIMATES —según los evolucionistas— desemboca en el hombre.

Pero no debe perderse de vista que esta clasificación es puramente zoológica, y que el hombre no es solamente un ser zoológico. Es mucho más que eso. Es un ser material dotado de inteligencia, libertad y conciencia que transciende al mundo que le rodea. Si a esto añadimos la filiación divina que le atribuye la teología, nos daremos cuenta de la dificultad que representa determinar la verdadera naturaleza del hombre en el orden biológico, filosófico y antropológico.

Planteado así el problema surgen inevitablemente las siguientes preguntas: ¿Cuál es el verdadero origen del hombre? ¿Cómo se ha formado? ¿Qué separa al hombre del simio?

De la contestación que se de a estas preguntas dependerá el que pueda surgir la verdadera imagen del hombre, conforme a sus características fundamentales exclusivas (físicas, intelectuales y espirituales) que permita servir de base para estudiar y conocer su verdadero desarrollo, físico, social y cultural y las posibilidades que para un futuro próximo encierran estas excepcionales facultades; o, por el contrario, una imagen parcial, incompleta y desdibujada de su auténtica personalidad, que sólo sea susceptible de dar a conocer aspectos parciales e incompletos de la misma y por lo tanto probablemente inexactos.

Nosotros, por nuestra parte, procuraremos —en la medida de nuestros medios y de nuestros conocimientos— responder a tales preguntas con la máxima objetividad.

Tres formas hay —a nuestro juicio— de concebir la presencia del hombre sobre la Tierra: UNA, que conceptúa al hombre como obra directa y predilecta de Dios, con todos los atributos específicamente humanos (inteligencia, conciencia, lenguaje, reflexión, etc.) que le distinguen de todos los demás seres de la Creación; OTRA, que considera al hombre como un producto espontáneo de las fuerzas y elementos físico-químicos de la Naturaleza, a través de un proceso evolutivo, progresivo y perfectivo que, partiendo del primero o primeros organismos surgidos a la vida por formación espontánea y casual, ha ascendido desde la bacteria hasta el hombre; y UNA TERCERA, que, en

su deseo de armonizar ambas concepciones tan contrapuestas, admite como segura la creación del hombre por Dios, en cuanto al alma, y posible la formación del cuerpo por evolución natural.

La primera está basada en la Revelación y en la creencia universal de todos los hombres y de todos los tiempos que, en forma más o menos coincidente, en cuanto al modo, ha expresado siempre su creencia en un ser creador, autor de todo lo existente, creencia que ha servido de fundamento a todo principio religioso, como lo demuestra el hecho de ser las manifestaciones religiosas del hombre tan antiguas como el hombre mismo, y sobre las que se han asentado una serie de valores espirituales, morales y sociales que han servido de substrato a la cultura humana y singularmente a la civilización occidental. Además, la descripción que de la creación del hombre hace la Revelación está de acuerdo, en su contexto, con su constitución específica, con los atributos singulares de que está revestido y con las leyes físicas y biológicas que rigen el desarrollo de los seres vivos. En cambio, la teoría que considera al hombre como producto espontáneo de la Naturaleza, está basada en supuestos e hipótesis que están en contradicción manifiesta con tales realidades.

Pero ahora, examinemos, además, la creación por Dios de todos los seres vivos, incluso el hombre, a la luz de la Revelación contenida en el Génesis.

Ya hemos estudiado la Creación —según el relato bíblico— en el capítulo décimo precedente; pero conviene destacar y matizar más algunos detalles que nos ayudarán a razonar sobre la singular creación del hombre y de la mujer.

Es interesante considerar cómo al crear Dios a todos los seres vivos —vegetales y animales— excluyó de éstos últimos —parece que intencionalmente— al hombre y a la mujer.

En efecto: Una vez que hubo ordenado la formación de vegetales, peces, aves y animales de toda clase —**según su especie**—, dijo: "HAGAMOS AL HOMBRE A IMAGEN Y SEMEJANZA NUESTRA; y domine a los peces del mar...".

Evidentemente, ello indica dos momentos distintos y dos procedimientos diferentes. No expresa el Génesis la forma en que Dios produjo los seres vegetales y animales. Se limitó a ordenar que se produjeran. Por ello, cualquier forma es lógicamente admisible, incluso la posibilidad de UN PROCESO EVOLUTIVO del que Dios se hubiera servido que, partiendo de gérmenes u organismos elementales, se hubieran desarrollado hasta alcanzar las ESPECIES del Génesis, siempre que tal proceso estuviera de acuerdo con las leyes naturales por EL mismo establecidas y con la realidad natural de los seres, ya que el Creador no es lógico que obre contra sus propias leyes. Lo contrario sería admitir el absurdo y ello sería impropio de la sabiduría, poder y bondad infinitos que se atribuyen al Creador.

Pero sí expresa, en cambio, la forma en que creó al hombre y a la mujer. Y lo expresa de una manera clara, explícita y concreta, significando su trascendencia y singularidad y la específica misión que les encomendaba, diciendo: "Y domine a los peces del mar y a las aves del cielo, y a las bestias y a toda la tierra, etc."

A nuestro modo de ver, esto parece indicar que la

creación del hombre y la mujer fueron objeto de una atención especialísima por parte del Creador; que no quiso crear dos animales más de los que habían de poblar el Planeta, sino DOS SERES SINGULARES, dotados de facultades excepcionales (espíritu, inteligencia, conciencia, lenguaje y de un alma racional) que les permitiera conocer y amar voluntariamente a su Creador y dominar a los demás seres de la Creación. Resulta claro que si Dios hubiera querido crear una especie más de entre los animales creados, se hubiera limitado a ordenar que se produjeran, de igual forma que lo hizo con los demás.

Pero no fue así. Lo creó independientemente de los demás animales, con una predilección y previsión especialísimas; los creó HOMBRE Y MUJER, "PERSONAS", con facultades y atributos singularísimos y extraordinarios en relación con los demás animales. Esto viene a indicar que si el hombre y la mujer son seres zoológicos porque su constitución física y morfológica es similar a la de otros mamíferos superiores, ESENCIAL Y CREACIONALMENTE son hombre y mujer, "PERSONAS", con características, facultades y posibilidades tan singulares y exclusivas que les separan RADICALMENTE de los demás animales, aun de los más desarrollados y próximos a ellos por su constitución morfológica, como pueden serlo, por ejemplo, algunos antropoides.

Y por último, hay otro aspecto en la narración genesiaca muy interesante para explicar la situación regresiva, indigente e ignorante en que —según los descubrimientos paleontológicos— parece que llegó a encontrarse el hombre, a juzgar por los hombres-fósiles o restos de ellos descubiertos y por los útiles de pie-

dra primitivos, toscos y poco hábiles para la satisfacción de sus más elementales necesidades, que se vió obligado a construir para defenderse del frío, del hambre, de la intemperie y de los gravísimos peligros de que se hallaría rodeado para su conservación personal en una Naturaleza desconocida y hostil, que no podía dominar.

Ha sido esta una reflexión que siempre nos ha preocupado cuando hemos meditado sobre la paradójica situación que representa la condición de INTELECTUAL Y RACIONAL —por creación— del hombre, y la rudimentaria situación en que debió encontrarse a juzgar por sus restos fósiles y por los útiles que, en algunos casos, acompañan a tales restos.

Sin embargo, hemos considerado que bien examinada la cuestión resulta perfectamente comprensible. Volvamos al Libro del Génesis: Dios puso al hombre y a la mujer en un Paraíso de Delicias, con una sola prohibición que ambos desobedecieron, dando con ello lugar al Pecado Original, que Dios castigó con la expulsión del Paraíso. Dios dijo asímismo a la mujer: "...Multiplicaré tus trabajos y "miserias" en tus "preñeces"; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad o mando de tu marido, y él te dominará. Y a Adán le dijo: Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el curso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás de los frutos que den las hierbas o plantas de la tierra. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres y a ser

polvo tornarás".

Imaginemos ahora al hombre y a la mujer —recién creados por Dios— en el Paraíso Terrenal, gozando de toda clase de delicias, "con árboles y frutos hermosos a la vista y suaves al paladar", libres de preocupaciones y de esfuerzo personal para la satisfacción de todas sus necesidades, conforme a su constitución corporal y espiritual. Y pensemos también en la situación que se les crearía, como consecuencia del Pecado Original, al ser lanzados a la tierra, maldecida por el mismo Dios y obligados a procurar su sustento en un mundo desconocido y hostil —para lo que seguramente no estaban preparados, por no haber sentido hasta entonces la necesidad— repleto de misterios, abandonados a su suerte para atender a sus más perentorias necesidades, desprovistos de sus facultades preternaturales y obscurecidas las naturales por el remordimiento del pecado y el recuerdo del Bien perdido.

No es aventurado suponer, por tanto, que esta situación llegaría a originarles un estado de regresión, indigencia e ignorancia rayana casi en la pura animalidad, pero conservando en su inteligencia y en su mente la chispa de su divina filiación, que les serviría, de momento, para dominar el medio inmediato que les rodeaba, en la medida de sus más elementales necesidades y posibilidades, para remontarse luego, por su inteligencia y por su espíritu, a las más altas conquistas del poder y del saber.

También resultan muy interesantes, en relación con la naturaleza y la formación del hombre, las siguientes consideraciones del Dr. Lorén en su obra citada, en cuya página 352 y bajo el rótulo "EL HOMBRE, NATURALEZA LIBERADA", dice:

"¿Podemos hoy, estructuralmente hablando, es decir, según la contextura multimilenaria de la anatomía humana, considerar al hombre como un simple animal evolucionado? Durante los últimos siglos la respuesta a esta pregunta ha sido afirmativa, porque en todo este tiempo, las Ciencias Naturales han condicionado en exceso la filosofía con sus espectaculares avances, cayendo en el vacio del naturalismo. Como consecuencia, el hombre ha sido sometido con demasiado rigor a la cadena de la evolución darwiniana y se han querido explicar todas y cada una de sus peculiaridades anatómicas y funcionales por el sistema de Darwin. Así, por ejemplo, se explicaba la posición erecta del hombre como una conquista natural, a fin de dejar libres las extremidades superiores que había de necesitar para trabajos instrumentales. Pero se dejaba sin explicar por qué el canguro, que también se puso en pie hace varios millones de años, no ha conseguido hasta ahora hacer nada de provecho con sus manos. Se consideraba la mano del hombre, con el pulgar oponiéndose a los otros dedos, otra conquista de la evolución, a fin de permitirle asir objetos con ella y usarlos en su provecho, favoreciendo el primer afán industrioso de lo que había de ser el "homo faber". Pero los monos, con sus cuatro manos con pulgar oponente, apenas han conseguido pelar los cacahuetes que les echan en las jaulas donde el hombre los encierra. El análisis ya desapasionado y objetivo de la teoría darwiniana ha permitido, en estos últimos tiempos, afirmar que en el hombre hay algo más que una ciega evolución de su naturaleza hacia un cercano límite de perfección; la Naturaleza trató al hombre como una madrastra, en una época de la evolución en

que el caballo ya tenía pezuñas para correr, el oso garras para defenderse, la tortuga caparazón para protegerse, y todos los animales habían adquirido una suerte de "especialización" en sus estructuras que les permitía subsistir en un medio hostil..."

En la página 343 de la misma obra y bajo el rótulo "UN HECHO TRANSCENDENTE: SOLO QUEDA UN FILUM EN LA EVOLUCION", el propio Dr. Lorén, dice:

"Ahora bien: cada uno de estos **filum** citados, comporta en sí mismo si no la muerte y desaparición individual de cada una de las formas orgánicas que consiguieron, sí la estabilización o equilibrio de estas formas, que es una suerte de "impasse" o callejón sin salida también a efectos de la continuidad de las cosmogénesis o mega-evolución.— Todo parece indicar que las especies vegetales y animales que actualmente pueblan la Tierra, han llegado a este "impasse", se han estereotipado en sus actuales formas anatómicas y fisiológicas, y que para ellas no existe porvenir alguno fuera de su contínua repetición, de su inmanente estado de replicación eterna de sí mismas. Nada hay que nos haga pensar ni desde el punto de vista científico y deductivo, como del inductivo, poético o imaginativo, que el caballo, el elefante, la cebra, el nogal, la abeja, la rana, etc. vayan a sufrir de ahora en adelante modificación alguna sustancial de su actual forma y comportamiento, y cualquier avance prospectivo del pensamiento, por audaz que sea, no permite suponer que el caballo, y la rana, dentro de unos miles de años, sean diferentes de los actuales. Todas las especies animales y vegetales de la biosfera actual, han llegado a un equilibrio y estabilización y a una frontera

/

de su evolución que no pueden traspasar. Todas menos una: la especie humana, porque es evidente que el **filum** de la hominización, por razones que luego glosaremos con detalle, continúa su ascensión hasta otros horizontes, y ha puesto en las manos de sus individuos actuales la verdadera antorcha de la mega-evolución, de la continuidad de la cosmogénesis".

Como fácilmente se desprende, las referencias y afirmaciones expuestas por el Dr. Lorén en su citada obra sobre las posibilidades que ofrece la estructuración de la materia a nivel molecular, sin más causa que la casualidad y el azar (Capítulo tercero), y la transformación en otras de las especies vegetales y animales de la biosfera actual, son harto elocuentes y significativas. Y ese "impasse" o "callejón sin salida" a que se refiere el mismo autor, preguntamos: ¿no pudo producirse al culminar la formación de las **especies vegetales y animales** narradas en el Génesis?

También resultan muy significativas, al respecto, algunas consideraciones y opiniones que el ilustre aragonés, médico, profesor y académico Dr. D. Pedro Laín Entralgo formula en un trabajo publicado en la Enciclopedia Temática "CIESA" (tomo I, pág. 15), bajo el rótulo "REFLEXION SOBRE LA CULTURA", en el que, tomando como punto de partida un apunte que el sicólogo Buytendijk escribió acerca de la diferencia entre el animal y el hombre, entre otras cosas dice:

"Las ciencias que descriptivamente estudian esos seres (se refiere a las rocas, el mar, las nubes, los astros, las hierbas, los árboles, los animales todos) —la Astronomía, la Geología, la Botánica, la Zoología— son, por supuesto, muy distintas entre sí. Por otra

parte hasta hace un centenar de años no eran pocos los sabios para los cuales la diferencia entre los "seres vivos" y la "materia inerte" sería inexplicable sin la admisión de un "principio vital" o ánima radical y constitutivamente superior a los modos de la realidad que estudian la Astronomía, la Geología, la Física y la Química. Pero en la segunda mitad del siglo XX no se puede ser hombre culto sin pensar que todos los modos no humanos del ser material, desde las nebulosas estelares hasta los chimpancés y los gorilas, no son sino ocasionales y sucesivas configuraciones de ese modo de la realidad, a la vez material y energético, al cual los físicos y los químicos dan el nombre de "materia". El ser natural que llamamos "hidrógeno" y el ser natural que llamamos "chimpancé" no son para la ciencia actual más que estructuras distintas de una misma realidad "energético-material"; la cual, una vez existente, iría por sí misma adoptando las sucesivas y cada vez más complejas estructuras en que se realiza la "evolución" del cosmos: la "materia inorgánica", la "materia orgánica" y la "materia viviente", hasta llegar a las formas "arbórea" (evolución vegetal) y "antropoide" (evolución animal) de esta última. A los ojos del hombre actual la Naturaleza es a un tiempo "cosmos" y "sinfonía"; es decir, una realidad que posee un orden a la vez estructural y procesal."

"Después de haberse frotado bien los ojos, ¿podrá decir lo mismo, frente al espectáculo de los demás hombres, quien despierte a la realidad del mundo en esta segunda mitad del siglo XX?. Los hombres en torno a mí y yo mismo, ¿seremos tan sólo un modo estructural de la materia más complejo y delicado que el propio de los caballos, los chimpancés y los gorilas?

La realidad del hombre ¿en su integridad –cuerpo y mente– tan sólo el resultado de una evolución perfectiva de los animales a que por su semejanza somática con nosotros solemos llamar "antropoides"? "

"En su respuesta a estas graves interrogaciones, la opinión de los sabios actuales discrepa. Para algunos, la diferencia entre la "realidad" del simio antropoide y la "realidad" del hombre, –lo que uno y otro "son" por debajo de lo que uno y otro "hacen"– tendría un carácter puramente estructural, y la especie humana no sería sino el término de una evolución homogénea de las especies animales. Más sencilla y tajantemente: mono y hombre sólo serían "materia" diversamente organizada. Otros, en cambio, piensan que la diferencia entre lo que el hombre y el mono "hacen" –la peculiaridad de su respectivo comportamiento individual y colectivo– sólo puede ser correctamente explicada admitiendo que en la realidad del hombre actúan, además de la materia y la energía del mundo cósmico, otro principio distinto de esa materia y esa energía y superior a ellas, un principio "espiritual"; lo cual impediría formalmente pensar que la evolución del mundo animal ha llegado a producir de manera integral la realidad del hombre. Tal evolución habría dado lugar a lo que en el hombre es "organismo"; pero este organismo no hubiera podido subsistir con vida sin la adición –dejemos ahora el problema de lo que pudo ser tal "adición"– del principio espiritual antes mencionado; por lo tanto, sin una creación nueva y singular de aquello por lo cual ese organismo ha subsistido con vida sobre el planeta y ha sido real y verdaderamente "humano"."

"He aquí, pues, los términos del problema. La espe-

cie humana difiere cualitativamente de las restantes especies animales. Aparte las peculiaridades anatomofisiológicas del organismo humano —bipedestación, pulgar oponente, dentición, volumen y estructura del cerebro, etc.— una descripción objetiva de la vida humana permite descubrir en ella varios caracteres que no se dan en la vida animal: el lenguaje articulado, el pensamiento abstracto y simbólico, la libertad, la capacidad de creación. El hombre, en suma, posee constitutivamente una existencia sobreinstintiva; ve lo que le rodea y se ve a sí mismo como realidad (Zubiri), puede en todo momento decir "no" a lo que pidan sus instintos (Scheler), modifica creadoramente mediante la técnica y el arte, el mundo con que se encuentra, es capaz de transmitir a los demás hombres el resultado de esa operación creadora y se pregunta —a veces mediante el suicidio— por lo que más alla de su muerte será de él y del mundo. Tal conducta, ¿puede ser bien explicada como la consecuencia de una actividad puramente "orgánica" del ser humano? Con otras palabras: la actividad de un organismo en cuanto tal, cualquiera que éste sea, ¿puede por sí misma explicar lo que objetivamente es la conducta humana? Frente a la ineludible respuesta negativa, algunos, llevando a su extremo, y por tanto a su utopía, la concepción progresista de la historia, dicen de manera tácita o expresa: "Todavía no". Otros, en cambio, prefieren pensar que nunca la respuesta dejará de ser negativa; esto es, que la imposibilidad de explicar "sólo" orgánicamente la vida humana —como la imposibilidad de vivir humanamente sin riesgo de enfermedad o sin riesgo de muerte— es uno de los topes absolutos que la realidad misma ha puesto a la fasci-

nante y siempre inédita capacidad del progreso del hombre. Entre los últimos me encuentro yo. En cualquier caso la disputa sigue y seguirá. Una muestra más, me atrevo a decir, de que el hombre no es solamente organismo".

Como consecuencia de cuanto llevamos expuesto precedentemente, podemos establecer —en contestación a las preguntas que nos formulamos al comienzo del presente capítulo—, las siguientes conclusiones:

1 ª.—La generación espontánea y la evolución natural, por sí solas, o sea sin intervención de ser sobrenatural alguno, no justifican en modo alguno —digan lo que quieran los investigadores materialistas— la aparición de la vida sobre el Planeta ni la formación de los seres vivos.

2 ª.—Por lo tanto resulta razonable colegir que el hombre —como todos los demás seres de la Creación— procede de Dios por creación directa, exclusiva y especial, con una serie de características morfológicas y atributos intelectuales y espirituales —también especiales y exclusivos— que le distinguen y separan radicalmente de todos los demás animales, incluso de aquellos que por sus afinidades morfológicas con el hombre, pueden considerarse más próximos a él.

CAPITULO XV

EL HOMO SAPIENS, DE LA EVOLUCION, Y EL HOMBRE PERSONA, DEL GENESIS

Como fácilmente se desprende de cuanto llevamos expuesto en los capítulos precedentes sobre la "generación espontánea", la "evolución natural" y el "fenómeno humano", hay dos concepciones distintas y contrapuestas para explicar la presencia del hombre sobre la Tierra: la materialista-evolucionista y la espiritualista-creacionista.

Del contexto de ambas resulta claro —a nuestro juicio— que el hombre y la mujer hubieron de ser creados por Dios, directamente, con todas las características que les distinguen de los demás seres de la Creación; y que, por lo tanto, los hombres y mujeres que actualmente vivimos sobre la Tierra, ostentamos TODOS la honrosa filiación de hijos de Dios, aunque algunos de ellos, en uso de la libertad con que fueron

creados, lo nieguen o no lo quieran reconocer, ya que la paternidad espiritual de Dios —con todas sus consecuencias— no desaparece por el hecho de negarla, de igual forma que la paternidad natural tampoco deja de ser tal por el hecho de que el hijo la niegue o no quiera reconocerla.

Pero no nos hacemos ilusiones. A pesar de ser tan claro y convincente cuanto hemos expuesto precedentemente en relación con el tema, continuarán existiendo criterios que abonen por el homo-sapiens y otros que lo harán por el hombre-persona del Génesis.

Seguramente que a algunas personas se les planteará la duda de si merece la pena tanto esfuerzo y reflexión por el hecho de si el hombre procede del simio, por evolución, o ha sido creado directamente por Dios. Y qué diferencia podría existir para el hombre del siglo XX según que su verdadero origen sea uno u otro supuesto.

En nuestro concepto se trata de una precisión fundamental y trascendental. El origen del hombre es determinante para informar su mentalidad y, por lo tanto, su conciencia ética y social.

No puede fórjarse idéntica mentalidad el hombre que se considera efecto de fenómenos puramente físico-químicos y naturales que el que parte del principio de su creación por un Dios Creador, Omnipotente y Eterno. Son, evidentemente, dos concepciones radicalmente distintas, y todos sabemos que la diferencia en los principios fundamentales puede traducirse en diferencia de consecuencias al pensar y al obrar.

El Homo-sapiens —si realmente existiera— sería un ser puramente material, producto —como hemos dicho— de las fuerzas y elementos físico-químicos de la

Naturaleza, que a través de un proceso evolutivo ESPONTANEO —y por tanto, sin intervención de Ser sobrenatural alguno— había conseguido superar la pura animalidad de sus más inmediatos antecesores simiescos, para alcanzar —entre otras características exclusivas— una determinada estructura y capacidad cerebral que le ha permitido desarrollar la inteligencia y con ella la conciencia refleja y las facultades intelectuales propias del hombre racional.

En todo caso sería un ser totalmente desvinculado de toda relación sobrenatural, y, por lo tanto, libre de todo influjo de esta naturaleza y sin más limitaciones para determinar su conducta ética y social que su propia conciencia, salvo la fuerza coactiva que en determinados casos le impusieren las leyes sociales a las que, de grado o por fuerza, tendría que estar sometido.

El hombre-persona del Génesis —por el contrario— es un ser material dotado por el Creador de un alma racional y con ella de todos los atributos y facultades específicamente humanos (inteligencia, conciencia, lenguaje, reflexión, etc., etc.) que le permiten comprender su auténtica naturaleza y origen y, consecuentemente, su dependencia directa del Creador y de sus Mandamientos y preceptos, los cuales —si es creyente y consecuente— deberán informar, en conciencia —puesto que se trata de un ser inteligente y libre— sus relaciones con el propio Creador y con sus semejantes. También le facultan para ser consciente de su responsabilidad ante Dios por la transgresión voluntaria de tales Mandamientos y preceptos; y de que esta responsabilidad no podrá eludirla en caso alguno.

Del mismo modo, y aunque el hombre-persona del Génesis —en uso de la libertad conque fue creado— no admita la paternidad espiritual de Dios, es evidente que no por ello dejará de ser criatura de Dios, y al no poder evitar en caso alguno su naturaleza y origen espiritual y racional, llevará siempre impresos en su conciencia los principios morales y objetivos que se desprenden de la Ley Natural, como fiel reflejo de la Ley Divina, los cuales le facultan en todo caso para practicar el bien y evitar el mal.

Esta doble consideración sobre la auténtica naturaleza y origen del Homo-sapiens de la evolución y del hombre-persona del Génesis, es lo suficientemente significativa —a nuestro juicio— para medir la enorme transcendencia que —aun en el aspecto puramente humano— representan la concepción materialista y la espiritualista del hombre.

Y es aquí donde pretendíamos llegar con nuestras precedentes reflexiones, para deducir de su contenido las siguientes conclusiones:

a).—Toda afirmación o conclusión que se formule en el sentido de presentar como un hecho positivamente demostrado el origen simiesco del hombre, constituye —a nuestro modo de ver— un auténtico SOFISMA y, consecuentemente, el Homo-sapiens de la evolución un MITO ya que ello implica convertir, injustificadamente, una serie de simples suposiciones e hipótesis evolucionistas en realidades biológicas transformadoras de los seres vivos que jamás han sido observadas por el hombre ni verificadas por la ciencia, realidades que, por el contrario, están en desacuerdo con la constitución específica de dichos seres y con las leyes y fenómenos biológicos que rigen su

desarrollo.

b).—Que en la realidad natural no existe, ni ha existido nunca, más hombre que el "hombre-persona" del Génesis, quedando por tanto excluído de toda posibilidad racional de existencia real el "Homo-sapiens" de la evolución, que sólo existe en la actual nomenclatura clasificadora de la Zoología y en el esquema evolutivo propuesto por naturalistas y biólogos materialistas, como consecuencia de los supuestos e hipótesis en que basan sus teorías evolucionistas.

c).—Que el hombre-persona del Génesis —redimido por Cristo— es el verdadero artífice de la evolución cultural humana, que ha conducido al hombre y a la sociedad al grado de civilización y progreso en que actualmente se encuentra, civilización y progreso que está llamado a continuar indefinidamente, como predestinado por su Creador para la plena realización de la persona y de la sociedad humana, en el plano material, espiritual, moral, cultural y social, hasta alcanzar su último fin humano.

d).—Que con el hombre-persona del Génesis, —consciente de su auténtico y egregio origen, a la vez que de su libertad y responsabilidad ante Dios— todo avance y progreso humano es posible, sin temor a que un progreso indefinido e indiscriminado que no tenga en cuenta los valores supremos de la persona y de la sociedad humana, a nivel individual, familiar y social, nacional e internacional, pueda transformarse más tarde o más temprano en un auténtico azote para la Humanidad y en un gravísimo peligro para la existencia misma del hombre, ya que éste —si es consecuente con los Mandamientos y preceptos de su Creador— deberá llevarlo a cabo de forma que sea beneficioso

para todos los hombres y para todos los pueblos, cualquiera que sea su raza, color, religión, nacionalidad, civilización y cultura, colaborando así —en la medida que le permitan los "talentos" recibidos— a realizar el fin último del hombre, y cumpliendo con ello el mandato de JUSTICIA, DE AMOR Y DE PAZ establecido por el Creador y por el mismo Cristo, en favor de todos los hombres y de todos los pueblos del mundo.

e).—Que, a pesar de cuanto llevamos dicho, hemos de reconocer que la hipótesis del homo-sapiens de la evolución —como producto exclusivo de las fuerzas y elementos físico-químicos de la Naturaleza— ha calado muy hondo en la mentalidad de muchos hombres de nuestro tiempo —científicos y no científicos— desde Darwin hasta nuestros días, habiéndose configurado, al amparo de esta hipótesis, en amplios sectores de la sociedad humana, una imagen del hombre completamente distinta del "hombre-persona" del Génesis.

En éste un hecho de gran transcendencia e importancia —a nuestro juicio— para el individuo y para la sociedad humana, pues una imagen del hombre que no se ajuste a su verdadera naturaleza y origen, ha de reflejarse, necesariamente, en su mentalidad y, consecuentemente, en sus conceptos espirituales, morales, culturales y sociales.

Es evidente que la concepción materialista del hombre no solamente rompe la tradicional unidad de naturaleza y origen de la especie humana, sino toda relación espiritual de Dios con los hombres y de éstos entre sí.

El hombre no siempre es amable por sí mismo, ya

que sus muchas limitaciones y defectos en todos los órdenes de la vida, lo hacen en muchos casos poco agradable y en algunas ocasiones francamente insoportable. El vínculo de unión, de amor y de solidaridad fraterna entre todos los hombres, que supera todas esas limitaciones y defectos, descansa fundamentalmente sobre la paternidad espiritual de Dios. Sin esta relación de parentesco espiritual, resulta muy difícil concebir ese sentimiento de amor y de solidaridad entre todos los hombres, sobre todo cuando entran en pugna libertades, derechos e intereses de unos y otros; y todos sabemos la enorme dificultad que representa, para una convivencia dignamente humana, la falta de ese maravilloso ingrediente que conocemos con el nombre de AMOR, y que sólo nuestra vinculación con Dios nos puede proporcionar.

De ahí la indudable transcendencia de partir del supuesto del HOMO-SAPIENS de la evolución o del HOMBRE-PERSONA del Génesis.

CAPITULO XVI

EL FUTURO DEL HOMBRE

El estudio que hemos realizado en los capítulos precedentes sobre la "generación espontánea", la "evolución natural", el "fenómeno humano" y el "homo-sapiens, de la evolución y el hombre persona, del Génesis" nos conduce, como de la mano, y aun sin haberlo pretendido, a una reflexión sobre "El futuro del hombre".

En nuestro concepto, no ofrece duda el hecho de que la antorcha de la cultura y de la civilización humana, desde sus expresiones más simples y elementales hasta sus más elevadas manifestaciones del saber, de la ciencia y de la técnica, la porta el hombre-persona, del Génesis, creado por Dios a su imagen y semejanza.

Pero no podemos menos de reconocer que algo falla en el camino que el hombre y la comunidad huma-

na recorren en busca de un constante progreso que permita un armónico desarrollo de todas las posibilidades que, tanto a nivel individual como colectivo, ofrecen las potencialidades físicas, intelectuales y psicológicas de que el hombre se halla dotado.

Efectivamente: el futuro del hombre es un problema, que desde hace algunos años preocupa muy seriamente, no sólo a los hombres de ciencia que habitualmente se ocupan de los problemas que afectan al hombre en general (biólogos, genetistas, evolucionistas, psicólogos, antropólogos, filósofos y sociólogos), sino también a muchas personas que ordinariamente están alejadas de estas preocupaciones.

Ello es debido, sin duda, al hecho de que nos damos cuenta de que, a pesar del indiscutible progreso material que se aprecia en casi todos los órdenes de la vida, algo no marcha en el engranaje de las ineludibles relaciones de los hombres entre sí, tanto a nivel individual, familiar y social como internacional, relaciones que cada vez se manifiestan en un grado más agudo de indisciplina, agresividad, desconfianza, angustia y temor; y que, como consecuencia de esta situación, la perspectiva que ofrece el panorama de la sociedad en que nos ha tocado vivir, no puede ser más sombrío y pesimista para una humana y digna convivencia entre todos los hombres y entre todos los pueblos del mundo.

Como antes decimos, no puede negarse el progreso material, cultural, científico y técnico alcanzado por el hombre en el transcurso de la última centuria. Pero ¿puede decirse lo mismo de su progreso espiritual y moral?

Evidentemente, no. No solamente no ha aumenta-

do paralelamente al progreso material sino que, en muchos aspectos, ha retrocedido sensiblemente.

Y decimos que ha "retrocedido" por que es fácil observar en la vida individual, familiar y social de nuestros días que una serie de principios y valores espirituales y morales que han sido considerados siempre fundamentales para una vida humanamente digna, han sido de tal forma erosionados y postergados por esa ola de materialismo, sensualismo y erotismo que ha invadido al mundo, que da la sensación de que a muchas personas —incluso creyentes— no les dicen ya nada, por entender que han sido superados por la ciencia y la cultura modernas.

Es de tal naturaleza el embate que han sufrido y vienen sufriendo —por todos los medios y en todos los ambientes— la religión, el matrimonio, la familia, la fidelidad conyugal, la procreación y educación de la prole, la honestidad y el pudor, el afecto, respeto y armonía familiar, el respeto a la vida y a la libertad de las personas y, en una palabra, la pacífica y ordenada convivencia familiar y social —valores todos presentados por sus detractores como simples prejuicios, convencionalismos y antiguallas, ya superados por la ciencia y la cultura de nuestro tiempo— que se recibe la impresión de que tales principios y valores están en trance de extinción.

Y si así fuera, ¿con qué serían sustituidos? ¿Con el ateísmo materialista?

¿Con el amor libre, sin más finalidad que el placer y la satisfacción de los apetitos sexuales y con la secuela —entre otras fácilmente imaginables— de que la filiación paterna de la descendencia sea tan problemática que la mayor parte de ella resulte de origen pater-

no desconocido?

¿Con el divorcio sistemático e indiscriminado, que no solamente ponga en grave peligro la estabilidad matrimonial y familiar sino que además dificulte —cuando no haga imposible— la inexcusable obligación de los padres de formar y educar a sus hijos?

¿Con prácticas anticonceptivas y en último extremo con el aborto, capaces de poner en peligro la salud de la madre y de provocar posibles taras o alteraciones físicas o mentales en la descendencia?

¿Con la indisciplina individual en el seno de la familia y de la sociedad, que haga imposible la educación de los jóvenes y con ello la convivencia pacífica de los grupos sociales?

¿Con la homo-sexualidad —que no tenga un origen patógeno, en cuyo caso debe ser comprendida y científicamente tratada o atenuada—; con el alcoholismo y las drogas destructoras de la personalidad psíquica y mental del individuo, y con la violencia y el terrorismo como armas legítimas para la lucha política y social?

¿Con el feminismo a ultranza, desconocedor o despreciador de la verdadera naturaleza física y psicológica del hombre y de la mujer, o sea sin tener en cuenta que nada tienen que ver las legítimas reivindicaciones jurídicas y sociales de la mujer —que ninguna persona con sentido de la justicia puede dejar de reconocer— con otra clase de pretensiones que pueden llevar implícita disminución de feminidad en la mujer y de masculinidad en el hombre?

Esperemos que no sea así, por bien del invidividuo y de la sociedad humana, ya que se trata de principios y valores fundamentales y universales, íntimamente

relacionados entre sí, cuya necesidad y conveniencia para una digna y pacífica convivencia ha quedado demostrada por su permanente y universal aceptación y vigencia desde que el hombre existe.

Es obvio que el progreso material ha puesto al alcance del hombre una serie de conocimientos, ingenios, instrumentos, máquinas, técnicas y medios materiales de tal naturaleza que rectamente aplicados pueden proporcionarle un grado de bienestar y de felicidad imprevisibles, facilitando así la vida social y la convivencia pacífica de todos los hombres y de todos los pueblos. Pero no es menos cierto que todos esos elementos, manejados arbitrariamente por hombres o colectividades sin escrúpulos, con móviles de dominio y explotación de unos hombres y de unos pueblos por otros, y sin el debido respeto a los inalienables derechos de la persona humana, a nivel individual, familiar y social, nacional e internacional, pueden ser causa de una verdadera catástrofe mundial, de consecuencias también imprevisibles.

Esta impresión nuestra, no es una simple apreciación de los hechos sociales, nacionales e internacionales que actualmente se desarrollan en el mundo. Es la impresión de científicos y pensadores de indiscutible relieve mundial, que han manifestado y continúan manifestando sus temores de que el futuro del hombre y de la sociedad humana se halle seriamente amenazado por la posibilidad de que una aplicación indebida de aquellos conocimientos científicos y técnicos a que antes nos referimos, puedan conducir a la Humanidad —en un plazo más o menos remoto— a su autodestrucción.

Entre tales científicos y pensadores que se han ma-

nifestado abiertamente pesimistas al respecto, destaca el famoso psicoanalista FREUD, quien en su obra "El malestar en la cultura" (1925) termina con estas premonitorias palabras: "Los hombres han ido tan lejos en el dominio de las fuerzas naturales que, con su auxilio, les va a ser muy fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Lo saben bien, y de ahí un buen trozo de su inquietud presente, de su infelicidad, de su angustia. Hay que esperar ahora que la otra de "ambas fuerzas celestes", el eterno EROS, realice un esfuerzo para reafirmarse en el combate con su no menos inmortal adversario."

Observemos que esta impresión fue formulada hace más de cincuenta años, o sea cuando los inventos más transcendentales por su poder destructivo –desintegración del átomo, con su secuela de ingenios atómicos y de hidrógeno, fórmulas y productos químicos y bacteriológicos, como posibles armas en caso de guerra química, etc. etc.– no se habían producido todavía, y cuando en la mayor parte del mundo no se había manifestado, con la agudeza e intensidad con que actualmente puede apreciarse, la polución de la atmósfera, de los ríos y de los mares, que amenaza, no solamente la vida de animales y plantas, sino la salud y la supervivencia del hombre.

También el Concilio Vaticano II –del que nos ocuparemos más adelante– reconoce los graves peligros con que se enfrenta el hombre y la sociedad humana en el mundo actual, según se desprende de las siguientes palabras: "Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y sin embargo, una gran parte de la Humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedum-

bre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entre tanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psíquica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía, agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas y ni siquiera FALTA EL PELIGRO DE UNA GUERRA QUE AMENAZA CON DESTRUIRLO TODO. Por último, se busca con instencia UN ORDEN TEMPORAL MAS PERFECTO, SIN QUE AVANCE PARALELAMENTE EL MEJORAMIENTO DE LOS ESPIRITUS."

Resulta bastante claro de cuanto llevamos dicho que el futuro del hombre y de la comunidad humana constituye un grave problema, cuyas verdaderas causas es imprescindible detectar, analizar y prevenir si queremos evitar que llegue a producirse una situación difícilmente controlable, cuyas consecuencias pueden ser extraordinariamente graves para el hombre y para la humanidad.

Estas causas pueden ser de orden físico, intelectual, cultural, espiritual y moral.

En el aspecto físico hemos de reconocer que, en grandes zonas del Planeta, el hombre actual está tan desarrollado y capacitado como quizá no lo haya estado en cualquier otro período de su historia.

En sentido intelectual y cultural, científico y técnico, es también innegable que ha alcanzado un grado de desarrollo superior a cualquier otra época de su historia, y es lógico suponer que las generaciones fu-

turas —que cada vez parten de niveles más elevados en la escalada de la cultura, de la ciencia y de la técnica, alcanzados por las generaciones que les han precedido— podrán conseguir, sin gran esfuerzo, un desarrollo inmensamente superior al alcanzado hasta ahora por sus predecesores.

No obstante, algunos investigadores —que parten del supuesto de que el hombre es producto exclusivo de un proceso evolutivo— estiman que el desarrollo del hombre, tanto en el aspecto físico como en el intelectual, es susceptible de ser modificado a base de experiencias científicas sobre sus sistemas genético, embriológico y cerebral, así como por prácticas "eugenésicas" —que ya pusieron en práctica los nacional-socialistas alemanes, con las consecuencias de todos conocidas— hasta que pueda llegar a conseguirse un "hombre nuevo" o una especie de "super-hombre", cuyas superiores dotes físicas e intelectuales le capaciten para afrontar y superar la tremenda crisis de crecimiento y desarrollo en que actualmente se encuentra la humanidad.

Nosotros no compartimos este criterio por entender que, en la realidad, no se trata de una crisis originada por insuficiencia de desarrollo del potencial humano en sentido intelectual, cultural, científico y técnico, sino que obedece a un profundo desequilibrio entre el progreso material, de una parte, y el espiritual y moral, de otra. Y no creemos que un desequilibrio de esta naturaleza pueda solucionarse forzando el desarrollo humano a base de actuar sobre elementos puramente físicos y materiales.

Aun admitiendo la hipotética y problemática posibilidad de que la ciencia lograra aumentar el desarro-

llo físico e intelectual del hombre, provocando artificialmente mutaciones en sus sistemas genético, embriológico y neurológico, o mediante la práctica de una política "eugenésica", y pudiera asímismo controlar los complejos mecanismos de la herencia humana, hasta el punto de llegar a conseguir ese "hombre nuevo" o "super-hombre" a que antes nos referimos, habría que pensar si ese mayor desarrollo llevaría anejo un mejoramiento paralelo en el aspecto espiritual, moral y humano, pues en otro caso podría ocurrir que, aun con la mejor voluntad, en lugar de resolver el problema se agravase, ya que, un hombre más capaz, física e intelectualmente, sin una correlativa formación y educación en sentido espiritual, moral y social, que le inspirase una mentalidad de comprensión y amor hacia sus semejantes, podría resultar absolutamente inoperante, cuando no contraproducente, para la finalidad pretendida de superar la crisis referida.

Y este estado de conciencia no creemos dependa del mayor o menor desarrollo físico e intelectual, sino de una adecuación y equilibrio entre unos y otros valores. Y no se piense que el mayor desarrollo físico e intelectual llevaría anejo un mayor desarrollo espiritual y moral, pues la experiencia de todos los tiempos y singularmente del mundo actual, demuestra que un efecto no lleva necesariamente aparejado el otro.

Por otra parte, no creemos que ofrezcan mucha garantía de éxito, al respecto, las experiencias que pudieran obtenerse del tratamiento de enfermos mentales o las que pudieran llevarse a cabo sobre seres irracionales, pues consideramos extraordinariamente difícil que unas y otras pudieran servir de pauta para ser aplicadas a seres humanos normales, ya que la apli-

cación a éstos últimos de experiencias realizadas con enfermos e irracionales, parece que no puede tener significación positiva alguna para personas sanas y normales, y en cambio su homologación, sin una garantía **a priori** de su inocuidad fisiológica para el hombre y de su plena eficacia para la finalidad pretendida, equivaldría a utilizar al hombre como "conejo de indias" y eso resultaría absolutamente inmoral y peligroso.

No debe perderse de vista que el hombre es persona tanto por la herencia genética que recibe de sus progenitores cuanto por el ambiente natural, cultural y social que encuentra en el medio en que nace y se desarrolla, y que va incorporando, paulatina y progresivamente, a su personalidad, mediante la crianza, formación y educación que recibe, en primer término de la familia, singularmente de los padres, que son los que ejercen autoridad e influencia plena para ello, porque a su condición de progenitores unen los lazos de afecto que surgen de la consanguinidad natural y de la intensa relación de tutela, protección y convivencia constante en que se desarrollan las relaciones paterno filiales; y, subsidiariamente, de las instituciones sociales que complementan la labor educativa y formativa de los padres.

Esto hace que la impronta que, el niño primero y el adolescente después, reciben del ambiente que les rodea, sea de tal naturaleza y se grabe tan profundamente en la mente del niño que, en muchos casos, condiciona poderosamente, cuando no determina, la mentalidad futura que ha de forjarse el propio individuo, basándose en su personal criterio y discernimiento.

Por eso tiene tanta importancia —a nuestro juicio— para el individuo y para la sociedad, que el niño y el adolescente puedan asimilar un ambiente positivamente espiritual y ético, tanto en la familia como en las instituciones de enseñanza y formación cultural y humanística (Escuelas, Institutos y Universidades), pues en caso contrario es lógico suponer que una persona formada y educada en un ambiente desfavorable en el sentido indicado, ha de acusar su nociva influencia al conformar su propia mentalidad y con ello sus conceptos espirituales, morales y sociales.

De todo lo dicho precedentemente se deduce:

a).—Que tal y como se desarrollan actualmente las relaciones humanas en general, en el plano individual, familiar y social y tanto a nivel nacional como internacional, el futuro del hombre y de la sociedad humana se presenta muy problemático, seriamente comprometido y muy poco esperanzador.

b).—Que, a pesar de esta apreciación nuestra —que quisiera ser más realista que pesimista— estimamos que el hombre actual dispone de capacidad, medios y posibilidades suficientes para superar la problemática actual del mundo, sin necesidad de "hombre nuevo" ni "super-hombre" de clase alguna, bastándole para ello equilibrar su desarrollo físico, intelectual, cultural, científico y técnico, con un adecuado desarrollo espiritual y ético, que le faculte para forjarse una mentalidad de SOLIDARIDAD, COMPRENSION Y AMOR hacia los problemas y necesidades de los demás hombres, con espíritu de generosidad y hasta sacrificio, si preciso fuere, como quien cumple un deber de solidaridad, como hombre, y un mandato de Dios, como creyente, aportando a la solución de aquellos

problemas y necesidades que estén a su alcance las posibilidades e iniciativas que le competan, a cualquier nivel y en cualquier actividad, con el convencimiento de que en la felicidad de nuestros semejantes se encierra una gran parte de nuestra propia felicidad.

c).—Que aun cuando lo que se propugna precedentemente pueda parecer utopía o ingenuidad, es, a nuestro juicio, —y aun contando con las limitaciones, defectos y debilidades humanas— perfectamente realizable con un mínimo de buena voluntad y una adecuada formación espiritual, moral y social de las futuras generaciones, acometida desde la cuna y continuada durante toda la vida del individuo, rodeándole de un ambiente espiritual y ético sano, limpio de malos hábitos y de malos ejemplos de sus padres y educadores, a la manera de como se cultiva y se cuida una planta para que se desarrolle fuerte y vigorosa y produzca óptimos frutos.

Y hacemos esta afirmación conscientes de la dificultad que entrañan las diferentes mentalidades y culturas de los distintos pueblos, no solamente a escala internacional y aun continental, sino incluso nacional. Pero si estudiamos objetivamente el problema veremos que se trata fundamentalmente de un problema de solidaridad, comprensión y amor hacia nuestros semejantes, y este sentido de la vida ha de surgir como una consecuencia natural, en primer término, del sentimiento religioso del individuo y de una formación espiritual, moral y social adecuada, y en último término de la buena voluntad y deseo de servicio al bien común de los no religiosos. Y aunque no todas las religiones, mentalidades y culturas coincidan en la forma de desarrollar y expresar prácticamente este

principio, es indudable que todas ellas lo comprenden y lo consideran como esencial y necesario para una digna y pacífica convivencia humana.

Y que esto es así lo demuestra, como ejemplo, el hecho de que el psicoanalista FREUD, a pesar del pesimismo que reflejan sus premonitorias palabras, precedentemente transcritas, termina reconociendo que la única posibilidad y esperanza de que los hombres no lleguen a exterminarse unos a otros, radica en el —para él— eterno EROS, dios del amor, expresión harto significativa —desde su punto de vista— para indicar que sólo el AMOR —como ingrediente fundamental de las relaciones humanas— puede evitar que el hombre y la sociedad humana puedan llegar a incurrir en tamaño desafuero.

d).—Que si —como hemos deducido en los capítulos precedentes—, la existencia de todos los seres vivos de la Naturaleza, incluso el hombre, ha de ser atribuida NECESARIAMENTE a un Dios Creador, Providente, Omnipotente y Eterno, resulta lógico afirmar también que Dios es el Autor del hombre y de la mujer, por lo que es fácil comprender y admitir que Dios haya establecido para ellos Mandamientos y preceptos que les orienten y faciliten el camino para alcanzar los fines específicamente humanos para los que fueron creados.

e).—Que son estos últimos Mandamientos y preceptos los que realmente engendran los valores fundamentales de la persona y de la sociedad humana, a la par que justifican todo ese complejo mundo de derechos y obligaciones que se desprenden de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, promulgados por las Naciones Unidas. Cualquier formulación

de derechos humanos que no esté inspirada en aquellos Mandamientos y preceptos, será una mera formulación teórica, sin más valor práctico que la conciencia de cada individuo, y ésta ya sabemos lo fácilmente que se inclina a invocar tales derechos cuando favorecen su interés, su conveniencia o su egoísmo –individual o de clase– y a ignorarlos o despreciarlos cuando se oponen a ellos. Y que esto es así en la práctica lo demuestra el hecho fácilmente observable actualmente de que individuos o colectividades humanas que ostentan en su ideología, en sus instituciones y en sus leyes fundamentales los derechos humanos, como patrimonio inalienable de todos los hombres y de todos los pueblos, los conculcan constantemente en la práctica con actos de discriminación cerca de personas y pueblos menos poderosos y desarrollados, por razón de raza, religión, cultura, etc.

f).–Que el desprecio o la subestimación de los valores humanos fundamentales (religión, matrimonio, familia, fidelidad conyugal, procreación y educación de la prole, etc., etc.) puede conducir a la sociedad humana a una situación social límite, de gravísimas e imprevisibles consecuencias.

g).–Que los valores humanos fundamentales –basados principalmente en los Mandamientos de la Ley de Dios y en los preceptos evangélicos– no engendran solamente derechos humanos –individuales y colectivos– sino también obligaciones paralelas de reconocer a cada persona o comunidad humana idénticos derechos a los que reivindicamos para cada uno de nosotros, puesto que Dios los ha establecido en beneficio de todos y cada uno de los hombres. Consecuentemente, ningún hombre puede alegar –en conciencia–

la efectividad de tales derechos (derecho a la vida, a la integridad física, a la libertad, a la buena fama, a la cultura, etc., etc.) mientras no esté dispuesto a reconocer en los demás hombres idénticos derechos y a colaborar en los ambientes culturales, políticos y sociales para que ello sea posible.

h).—Que los medios para que los derechos humanos sean una realidad en todos los ambientes y a todos los niveles, no son la violencia y el terrorismo en ninguna de sus formas (homicidios, secuestros, atentados, extorsiones, coacciones, atracos, etc.) ni, por supuesto, tampoco la violencia de "guante blanco", (explotación de unos hombres y de unos pueblos por otros, mediante oligarquías económicas o financieras, monopolios abusivos, prepotencia política, económica o social, encarecimiento injustificado de precios de artículos de primera necesidad, jornales y sueldos insuficientes, etc., etc.), porque estas actuaciones —cualesquiera que sean las siglas bajo las que se camuflen— engendrarán siempre la violencia de uno u otro signo, y por lo tanto sólo pueden conducir, a más largo o más corto plazo, a la lucha armada y en definitiva a la destrucción de unos hombres y de unos pueblos por otros.

El camino es —sin duda alguna— establecer asociaciones, organismos, instituciones y sistemas políticos y sociales —a nivel local, regional, nacional e internacional— que permitan el diálogo y la discusión serena y razonada de los problemas que afectan a los individuos y a las colectividades, a fin de establecer las bases y los procedimientos idóneos para promocionar económica y culturalmente a todos aquellos hombres y pueblos que tanto en el propio país como en otras

naciones viven todavía en pleno subdesarrollo económico, social y cultural.

f).—Que los creyentes que ajustan su conducta moral y social a los principios que se desprenden de los Mandamientos y preceptos expresados, no pueden ser rémora ni obstáculo a un constante progreso y perfeccionamiento humano en el orden cultural, científico, técnico, político y social conducente a establecer las bases y desarrollar los medios necesarios para conseguir un mundo más perfecto y feliz para todos los hombres y para todos los pueblos, sin excepción. Por el contrario, deben ser sus más entusiastas promotores e impulsores si han de cumplir aquellos Mandamientos y preceptos, y singularmente el primer mandato que Dios encomendó al hombre en el acto mismo de su creación, ya que la fe no debe ser sinónimo de conformismo, indiferencia o tolerancia de la injusticia, de la tiranía o de la opresión de los más poderosos contra los más débiles, sino su más poderoso acicate para combatirlas allá donde se produzcan. El único límite en este último sentido serán la forma y los medios para realizar esta defensa, que nunca podrán emplear aquéllos que no respeten los derechos fundamentales de todos los hombres, sin excepción.

j).—Que en amplias zonas del planeta el hombre de nuestro siglo está intelectual y culturalmente capacitado para dominar, encauzar y resolver los gravísimos problemas con que actualmente se enfrenta la Humanidad. Sólo falta despertar en él auténticos sentimientos de solidaridad, comprensión, justicia y amor hacia sus semejantes. Y esto no puede conseguirse —a nuestro juicio— al margen de la fe en Dios y de sus Mandamientos y preceptos, y sin sanear adecuadamente el

ambiente educacional y cultural —a escala individual, familiar y social— en que actualmente se desarrolla la vida de niños y adolescentes en nuestra sociedad. Y para llevar a cabo tan complejo como importante menester, lo primero que tenemos que hacer los adultos es reconocer que tal ambiente está altamente enrarecido y contaminado por una serie de factores absolutamente negativos para la salud física, espiritual, mental, moral y social del niño y del adolescente —que son los hombres del mañana— y, por lo tanto, no resulta el más indicado para promover en el niño sentimientos de amor, solidaridad, justicia y paz. Basta con asomarse a los medios de comunicación social (prensa, radio, televisión, cine, revistas, etc., etc.) para que nos demos cuenta de que —salvando las excepciones que haya que salvar— tienden más bien a estimular pasiones, vicios y rebeldía sistemática que sentimientos de auto-disciplina, obediencia, comprensión, amor, justicia y paz. Si a ello añadimos la inestabilidad matrimonial y familiar —que nos preparamos a legalizar—; la falta de comunicación entre padres e hijos, por la permanencia de los primeros fuera de casa la mayor parte del tiempo, como consecuencia del trabajo de ambos fuera del hogar; y la ola de pornografía, sensualismo y erotismo que cada día se acentúan más en el horizonte social de nuestra patria, nos daremos cuenta de la enorme dificultad que representa conseguir una educación conveniente para los hombres del mañana.

k).—Y por último, que si —como han reconocido y proclamado ilustres científicos y pensadores de renombre universal— el amor hacia nuestros semejantes —con su secuela de solidaridad, comprensión y justi-

cia— es requisito indispensable para superar la crisis de desequilibrio en que se encuentra el mundo actual, entre el desarrollo intelectual, cultural, científico y técnico, de una parte, y el espiritual y moral de otra, parece que no exista otra solución más positiva y racional que acomodar la formación y educación de las nuevas generaciones —a todos los niveles de la enseñanza— a los Mandamientos y preceptos evangélicos, únicos capaces —a nuestro juicio— de hacer germinar y desarrollar en cada hombre y en cada mujer aquellos sentimientos a que antes nos referimos. Pretender que la conciencia individual —desligada de todo principio religioso—, la ciencia, la técnica y una cultura materialista y atea se bastan, por sí solas, para promover tales sentimientos y resolver los gravísimos problemas con qué se enfrenta actualmente la Humanidad, pudiera ser la más grande utopía y el más grave error en que podemos incurrir los hombres de nuestro siglo.

I).—Con respecto a las soluciones prácticas de los problemas humanos que implican las reflexiones precedentes, nada mejor puede expresarse, en relación con los aspectos principales de tales problemas, que lo que ha expuesto el Concilio Vaticano II en sus Constituciones y Declaraciones, singularmente en la Constitución "SOBRE LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL", en la Declaración sobre "LA EDUCACION CRISTIANA DE LA JUVENTUD" y en el "MENSAJE DEL CONCILIO A LA HUMANIDAD".

Cualquier persona que lea sin prevenciones ni prejuicios el estudio que el Concilio ha hecho de los principales problemas humanos y las consideraciones, previsiones y orientaciones que sobre los mismos ha formulado, tendrá que reconocer el espíritu de sabiduría,

bondad, justicia y amor hacia los hombres que tales documentos conciliares reflejan. Basta leerlos y meditarlos para comprender que nada se ha dicho ni se ha escrito más sincero, más puro y más limpio de ideas partidistas preconcebidas, y por lo tanto, más objetivo, más humano, más noble y más generoso, en beneficio de todos los hombres y de todos los pueblos, sin acepción de credo religioso, cultura y nacionalidad.

¿Por qué no se toman en consideración, a nivel individual, familiar, social, nacional e internacional, las previsiones y orientaciones que acerca de la problemática del mundo actual se contienen en los expresados documentos conciliares? ¿O es que sus verdades —a nuestro juicio irrefutables— no pueden ser comunes a todos los hombres?

Nosotros tenemos el íntimo convencimiento de que es la única solución que se ofrece al hombre del siglo XX para superar la crisis en que actualmente se encuentra el mundo y que cada día se agudiza más y alcanza niveles más elevados de virulencia y peligrosidad.

Comprendemos también la enorme dificultad que implica la problemática del mundo actual para arbitrar soluciones prácticas y justas, a escala individual, familiar, social, nacional e internacional; pero es indudable que el conocimiento de las causas es el primero y principal elemento para conseguir soluciones adecuadas. Y éste es —a nuestro juicio— uno de los grandes servicios que la Iglesia Católica, por medio del Concilio, ha rendido a la Humanidad. Lo demás ha de ser obra de la buena voluntad de todos los hombres en general y en particular de los que rigen los destinos de los pueblos; y de una cuidada formación y educa-

ción espiritual, moral y social del individuo; y esto es indudable que está al alcance del hombre del siglo XX.

Por último, creemos, como cristianos, que Cristo ha hablado al mundo por mediación de su Iglesia. Escuchémosle y pongamos en práctica su Divina Palabra y estemos seguros de que los grandes beneficios que se han de producir de su espíritu de Paz, Justicia y Amor, alcanzarán a todos los hombres y a todos los pueblos del mundo.

INDICE

A modo de prólogo 7

I.– ¿Un mundo sin Dios? 13

II.– La generación espontánea 19

III.– La evolución 33

IV.– La selección natural 47

V.– La herencia biológica I - La especie biológica 55

VI.– La herencia biológica II - Teoría mendeliana 63

VII.– La herencia biológica III - Mutación 73

VIII.– La herencia biológica IV - Mutación 83

IX.– Paleontología I 91

X.– Paleontología II - La hominización 103

XI.– La creación 119

XII.– Evolución biológica y evolución cultural. 129

XIII.– Teilhard de Chardin y el evolucionismo. 137

XIV.– La evolución y el fénomeno humano .. 147

XV.– El homo sapiens, de la evolución, y el hombre persona, del Génesis 163

XVI.– El futuro del hombre 171

OBRAS CONSULTADAS

"La vida y su estructura".—(Ruth Moore.—Editorial Labor, S.A., 1963).

"Del electrón a Dios".—(Santiago Loren.—Plaza & Janes, S.A., 1968).

"La Evolución".—(La Editorial Católica, S.A., 1966).

"El origen de las especies".—(Darwin.—Ediciones Zeus, Barcelona, 1970).

"El origen del hombre".—(Darwin.—EDAF - Ediciones Distribuciones, S.A.— Madrid, 1970).

"El origen del hombre".—(Salvat Editores, S.A. — Barcelona, 1975).

"La Evolución".—(Barnett y otros.—Alianza Editorial, S.A.— Madrid, 1966).

"El origen del hombre".—(Barnett y otros.—Alianza Editorial, S.A.— Madrid, 1966).

"La evolución del Mundo Orgánico".—(Enciclopedia Temática CIESA).

"El Hombre".—(Jesús Simón S.J. Editorial Lumen.— Barcelona, 1962).